

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 212

Valencia, 1 de Septiembre de 1937

María Carbonell, 2

La segunda fase

Para nosotros, un metro de terreno conquistado es una victoria. Para los facciosos, una ciudad conquistada, es un problema. Ya vamos viendo lo que sucede en Málaga y en Bilbao. La resistencia pasiva de Bilbao desierta, con sus fábricas paradas, con su puerto vacío, llega, según confesión de los mismos fascistas, a extremos de un gran patetismo. La gente prefiere mendigar a entrar en los cuadros de la esclavitud fascista, a trabajar bajo el látigo italiano o falangista. Esa resistencia se hace activa en Málaga, donde cada día surgen focos de obreros y campesinos que atacan al enemigo. El ejemplo de Málaga ha trascendido a Córdoba, Granada, Zaragoza. Irán viendo en Salamanca como no basta conquistar quince kilómetros de carretera para vencer. Ocupar las calles de una ciudad no es conquistarla. Lo más importante de todo esto es que los hechos responden a previsiones exactas de los hombres de nuestra República, que no nos sorprenden, sino que vienen a cumplir una etapa del proceso de la guerra, con la que contábamos. En eso, como en otras cosas, se ve que la visión histórica del Frente Popular es justa.

Esos hechos que imprimen a la guerra desde hace un mes un carácter nuevo, nos advierten que hemos entrado en la segunda fase del conflicto. Después de un año de forcejeo diplomático, de lucha interior, de embustes fascistas, de manejos frente a la verdad, contra la verdad, ésta ha llegado a imponerse. Queda establecido no sólo dentro de la zona esclavizada por Franco, sino fuera de España, ante el mundo entero, como la sublevación fascista no era un movimiento «nacional» con fines constructivos en sí mismo, sino una revuelta organizada por el espionaje alemán e italiano con los siguientes fines: apoderarse de nuestras materias primas para sus industrias de guerra, de la mayor parte de nuestra producción agrícola para sus reservas de viveres de guerra. Obtener monopolios seguros: aduanas, transportes. Proporcionarse bases aéreas y «lugares de partida» estratégicos para posteriores guerras. En el terreno moral, las ventajas que se desprenden de esas condiciones, y debilitar el frente de las democracias occidentales por el lugar por donde parecía menos capaz de defenderse (cortando las comunicaciones de Francia con Argelia, de Inglaterra con la India). Los hechos, que al principio podían ser disfrazados con más o menos cinismo, hoy nadie los desconoce. Lo que decíamos nosotros un día y otro, incansablemente, desde que comenzó la guerra, ha ido cumpliéndose y hoy todo el mundo ha visto en la zona de los traidores lo mismo que fuera de España, cómo los alemanes se llevan el trigo, el aceite, el corcho, el hierro; cómo Italia ocupa las Baleares y se apodera del monopolio de los transportes, primer paso para intentar otro de mayor envergadura: las comunicaciones. Nadie duda de que los gobiernos fascistas, con la complicidad de su «hombre de paja» Franco, roban, saquean y se burlan de los derechos y de la dignidad humana de los españoles. La reacción con la que nosotros contábamos ha comenzado a producirse y aumentará cada día. El hecho de haber acertado una vez más y en un aspecto tan importante de los hechos, demuestra que el destino histórico está con nuestro Gobierno, con nuestro ejército, con nuestro Frente Popular. En las perspectivas totales de la guerra esto abre una nueva fase que puede ser y debe ser decisiva.

Volviendo a lo que decíamos al principio, la experiencia de un año de guerra nos permite ha-

cer una serie de consideraciones con firme base. Hoy más que nunca, ocupar una ciudad no es para los de Salamanca sino extender el radio de su terror y aumentar el campo, el número y volumen de sus problemas interiores. La alegría artificial, llena de vitores alemanes, italianos y moros que sucede a la ocupación de las calles de Bilbao, de Málaga, no contagia a todos, y a aquellos a quienes les contagia les dura muy poco. Al mismo tiempo ven —y no tienen más remedio que reconocerlo— que en la verdadera España, si las tropas se repliegan una vez u otra, la fuerza se nos aprieta, la razón se hace más candente, la justicia grita más alto, y todos los ímpetus se concentran más y más. Una ventaja, un avance de ellos sobre el mapa, no es una victoria en todo el sentido de la palabra.

Entre otros hechos, esto último lo demuestra uno, en el que ellos mismos están de acuerdo, tal es su evidencia. Avances, «triumfos» y «victorias» les han llevado a una situación más insegura cada día. En la descomposición interior a que han llegado, ¿qué sería hoy, precisamente hoy y no antes, una victoria militar nuestra, una nueva Guadalajara? Su repercusión sería infinitamente mayor que en marzo último. Todos podemos y debemos estar seguros de que la caída de una ciudad, precisamente ahora y no antes, la caída de Huesca por ejemplo, por citar una de primera línea, sería el comienzo de su catástrofe y la reconquista de Huesca, Toledo y Córdoba, objetivos próximos y posibles, sería el desmoronamiento de Salamanca y el fin de la guerra. Ese fin de la guerra que los pesimistas se obstinan en no alcanzar a ver sino en las nebulosas de un porvenir muy lejano. Pero todo esto sería posible ahora, en esta segunda fase, en la que alcanzan pleno desarrollo las condiciones históricas, en las que el Frente Popular contaba desde el principio. Y no se nos hable de optimismo. Los optimistas no somos nosotros, sino los hechos.

RAMON J. SENDER

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

En la página siguiente:

España, segunda patria de los alemanes

El hombre de España

Una página del ilustre poeta español
Juan Ramón Jiménez

Mientras el hombre ha valido en el mundo como hombre, España ha estado en su sitio. Cuando el ingenio, signo total de cobardía, ha sustituido al espíritu, y el mundo ha revestido a su hombre menor del artefacto, España ha perdido lugar en apariencia. En apariencia, no en verdad.

Los países más armados de exterioridad ingeniosa, con hombres de la piel hacia fuera, gana cómodamente terreno, dinero, todo lo extenso superficial, todo lo que se llama fuerza. España, con sus hombres de la piel hacia dentro, ha permanecido difícilmente de pie, fuerte pobre, en su menos sitio; sitio alto y hondo que hoy se cotiza menos.

Pero España, el hombre de España está demostrando en esta guerra, baja del lado de los ingeniosos, hasta dónde puede «todavía» luchar el espíritu contra el ingenio, el hombre contra la máquina, y cómo se impone en la vida la vuelta humana, en la paz y en la guerra, al hombre; cómo la guerra, si ha de seguir siendo necesaria en el mundo, ha de serlo a condición de que sea digna.

JUAN RAMON JIMENEZ

(Carteles), La Habana, 18-VII-37.)

En Londres se conmemora el aniversario de la partida de la primera brigada sanitaria para la España leal

LONDRES. — Se ha celebrado en esta capital, bajo los auspicios del «Comité de Ayuda Sanitaria» a España, un acto, conmemorando la partida de Inglaterra de la primera unidad sanitaria con destino a España, y honrar al mismo tiempo a los seis miembros pertenecientes a la misma que ofrecieron su vida por la democracia.

Al acto asistió, figurando en la presidencia, el Deán de Canterbury. Lord Churchill envió una carta de adhesión al acto, expresándose en los siguientes términos:

«Como ciudadano del Imperio más poderoso del mundo, me veo obligado a aceptar la responsabilidad de haber permitido que los países fascistas hayan estado asesinando durante un año a las mujeres y niños españoles.»

La señora Leah Manning, secretaria del Comité organizador, hizo un relato minucioso de la vida de cuantos la perdieron al servicio de la Unidad, dedicando un especial recuerdo al canadiense Yssie Kupchick, cuyo valor le llevó a solicitar los servicios de mayor peligro. Dedicó sentidas frases a la memoria de Julián Bell, poeta y pacifista que llegó de China para participar en la guerra de España, y, a la del doctor Randall Solleberger, americano, que ofreció su vida en la batalla de Brunete.

Por último, Mr. Lentit dijo que «los aviones de Hitler volaron cinco noches, arrojando sus bombas sobre un hospital de un pequeño pueblo, a pesar del distintivo, lo que nos hace temer el ostentar emblemas de la Cruz Roja, que no son respetados por la aviación fascista».

El acto, al que asistió un público enorme, causó profunda impresión.

Como protesta contra el torpedeo de barcos, en el Mediterráneo, los obreros de Marsella suspenden durante media hora la descarga de dos barcos

MARSELLA, 30, 11 noche. — Los portuarios de Marsella han organizado un movimiento de protesta en el puerto contra el torpedeo de barcos mercantes ininterumpido de barcos mercantes franceses y extranjeros en el Mediterráneo.

El movimiento ha durado media hora, durante la cual los portuarios se negaron a descargar dos barcos italianos que estaban atracados en el puerto.

Los camaradas Gagnaire y Marava, secretarios del Sindicato, estaban presentes. El primero, en una breve alocución, indicó los motivos del movimiento de protesta. Ha añadido que si los ataques contra los

vapores se reproducen, los Sindicatos portuarios llegarán a boicotear los vapores italianos y alemanes.

Los dos barcos italianos eran el «Ozario», a bordo del cual se encontraban más de ochocientos pasajeros, y el «Rossini».

A raíz de este movimiento de protesta, en nombre del Sindicato de los Trabajadores de Puerto se ha enviado un telegrama al embajador de Italia en París. He aquí el texto:

«Protestamos contra la intervención italiana en España. Advertimos «dockers» Marsella han suspendido descarga vapores «Ozario» y «Rossini».

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este Boletín

La falsa propaganda católica fascista

La Iglesia en las democracias, y la guerra española

Por muy adversos que sean a la Iglesia los temporales de la política de un pueblo, siempre, en igualdad de circunstancias, le va mejor con los regímenes democráticos que con los regímenes absolutos.

Por lo menos, un hecho es cierto e innegable: que en los sistemas de libertad, pocos o muchos, algunos derechos tendrá la jerarquía eclesástica, algunos derechos tendrá la opinión católica, algunos derechos tendrán los ciudadanos creyentes, como los tienen los que no lo son, como los tienen todos en general, a intervenir en la vida pública, a hacer campañas contra los Gobiernos, a levantar protestas de las multitudes, a organizar a las masas, a presentar combate a sus enemigos, y a cambiar y a modificar el rumbo de los sucesos y el curso de las cosas.

En los sistemas dictatoriales, en los regímenes fascistas, si el Poder público emprende caminos de prevenciones, de dominación cesárea, de hostilidad y de persecución, todo está irremisiblemente perdido, mientras ese tirano no desaparezca, porque no hay derechos ciudadanos para poder defenderse, no hay garantías de ningún género para el individuo, ni para las colectividades, con que poder luchar y sacar adelante la razón y la justicia, no hay libertad de crítica, libertad de reunión, libertad de Prensa, libertad de tribuna, libertad de pensamiento, libertad de conciencia, libertad de escribir, ni libertad de parlamento, ni libertad de ninguna clase, con que oponerse a quien oprime, esclaviza y ultraja.

En los regímenes populares, las actividades públicas que se ejercen, los derechos naturales que se respetan, la vida y los intereses que se salvaguardan, no dependen, por lo menos de un modo total, absoluto y permanente, de la libertad de nadie, ni del capricho de ninguno. La ley los reconoce, la ley los ampara, la ley los escolta, y los defiende. No se pide una merced, no se solicita una gracia. Se invoca un derecho, y se reclama lo que es nuestro, lo que nos pertenece, lo que no puede negarse sin faltar a una ley y exponerse a sufrir las consecuencias de una caída de Gobierno, o la pérdida de unas elecciones, o la expulsión de la censura social, o el castigo de un movimiento de opinión contraria. Se habla con la frente alta y de pie, no como quien suplica, sino como quien exige.

En los regímenes fascistas, no hay, en definitiva, más norma que el libre arbitrio del que manda y las turbas de pasiones e idioteces de los polichinelas y de los esbirros y ayudantes que le secundan y le obedecen.

Por estas breves consideraciones, que podían ser ampliadas y robustecidas largamente, ya se ve que la Iglesia, a la que, un régimen de libertad es más necesario que a nadie, por su propia naturaleza, por su ministerio público de conversión de las gentes, por su rango mismo, ha de estar mejor instalada, más en su centro, más en su clima, más en su esfera y más en su órbita, en un régimen de libertades ciudadanas que en un régimen de autocratismos totalitarios.

El que la Iglesia, cuando actúa en la vida social, use de facultades jurídicas emanadas de las leyes y no tenga que acogerse a la benevolencia de una protección personal o a la de un partido, aleatoria siempre, variable en cada caso, eventual en absoluto, y retribuida y recargada, de ordinario, por su origen mismo, con el gravamen de las

cuotas correspondientes de un arancel moral, y de una servidumbre inevitables, la coloca en un plano mucho más alto, le da una categoría mucho más definida, mucho más segura, mucho más espiritual y le abre un círculo de acción mucho más extenso, mucho más definido y mucho más seguro.

Pónganla todas las dificultades que se quiera, con su vitalidad exuberante, si sabe conducirse bien, la Iglesia se abrirá paso, y acabará por triunfar, a pesar de todo, en los sistemas democráticos.

Vivirá siempre en esas naciones, en las sociedades democráticas, con más independencia, con más dignidad, con más decoro, con más fidelidad a sí misma, a sus deberes y a sus destinos. Más íntegra, más pura, más rica en espiritualidad, y más poderosa en obras y en palabras para la conquista moral de las conciencias y de los pueblos.

Tiene más libertad la Iglesia católica en Inglaterra, con ser protestante, en Bélgica con ser ministros los marxistas, en Francia con ser oficialmente laica, y en casi todos los países del mundo que en Alemania y que en la misma Italia, con ser tan autoritarias, tan de orden y tan anticomunistas y tan sostenedoras de la civilización occidental como pretenden y pregonan.

Nosotros creemos firmemente que el Papa mismo, a pesar de la soberanía más aparente que real de la Ciudad del Vaticano, tiene hoy para muchas cosas, para todo lo que pueda perjudicar gravemente a la política de Mussolini, menos, bastante menos libertad que la que tenía antes, bajo la égida del régimen democrático anterior. Esto no es debido, evidentemente, al Tratado de Letrán, sino al despota italiano y al régimen allí imperante.

Benedicto XV, en la guerra europea, aun siendo también combatiente Italia, para execrar la guerra, para maldecir sus excesos, para acortar su duración, para proponer la paz y hasta para presentar las condiciones, y términos en que debía ajustarse, en que debía hacerse, fue más libre y señor de su voluntad y de sus actos que lo ha sido después Pío XI en la guerra de Abisinia, y lo es ahora en la guerra civil de España.

En la zona misma de Franco, con todo lo católica que dicen que es, para quien penetre en el fondo de la situación existente y no se deje engañar, por aspectos superficiales, fragmentarios y efímeros, no será ninguna novedad el que digamos que para discurrir públicamente del Generalísimo en lo que fuere, y de tales, o de cuales características del movimiento que conduce, de tales o cuales procedimientos que se practican, de los millares de crímenes, de atropellos y delitos que se han perpetrado, y de muchas cosas que saben, que ven, que leen, y que escuchan, y que a ningún católico, y menos a las autoridades de la Iglesia, pueden parecerles bien, tienen bastante menos libertad que la que tenían antes para hablar y para discurrir públicamente de la política anterior a la guerra y de los que gobernaban y legislaban en el régimen republicano. ¿Qué duda tiene esto? Valga esta observación que hacemos por muchas otras que podríamos hacer y que demostrarían esto todavía más.

¿Cómo explicar, si no, por ejemplo, que el cardenal primado de España, en sus amplios documentos corocidos, aparezca prácticamente solidarizado, en todo y por todo, con la rebelión fascista, y no tenga una palabra de paz, una palabra de amor para todos, hasta para los

"El pueblo español ganará la victoria final", dice Vandervelde

OSLO, 30, 10 noche. — Llegó a Bergen el barco de pasajeros «Leopelville», de vuelta de un viaje al Cabo Norte.

Entre los pasajeros figura el ilustre político del partido trabajador belga, Vandervelde, que hizo unas interesantes declaraciones a un redactor del periódico «Arbeiderbladet» sobre la situación en España, declaraciones de las que entresacamos los siguientes párrafos:

«Estoy plenamente convencido de que el Gobierno y el pueblo español ganarán la victoria final.

Siempre he deseado esta victoria y aún en los días oscuros del mes de noviembre, cuando la prensa burguesa decía que la toma de Madrid era cuestión de horas, declaré de forma contundente que no lo creía, que no era posible que ello sucediera.

¿Se acuerdan ustedes de la situación en Rusia

durante el año 1918, cuando los guardias blancos intentaban hacer una contrarrevolución?

La situación de España es parecida a aquella. Inglaterra y Francia se cruzaron entonces brazos, pero apoyaban a los blancos, mandando armas y municiones.

A pesar de ello, los guardias blancos sufrieron un descalabro.

Y lo mismo ocurrirá en España, aunque cuas más tiempo, debido a que el apoyo de los pa fascistas es más fuerte y a que la población de España es mucho menos numerosa.

En aquel entonces, los rusos no deseaban vuelta del zarismo y vencieron.

Ahora los españoles tampoco desean la dura fascista y vencerán.

Los dos casos son muy parecidos y, en realidad, no forman más que uno.»

España, segunda patria de los alemanes

Alemania busca un rincón bajo el sol. Quiere, como Fausto, hallar el remedio que devuelva la perdida juventud. La Alemania de Hitler es un país decrepito. El Führer, antes de expulsar de su tierra a los gitanos, ha aprendido el arte de hacer conjuros. España es el rincón ideal, soleado y tónico, donde puede rejuvenecerse la raza aria. España es, al mismo tiempo, la patria de los endemoniados, de las brujas, de los aparecidos. Hitler —infausto Fausto redivivo— no quiere conquistar por amor a Margarita. Su pretensión es hacer una boda de intereses. Si ha llamado al diablo en su auxilio ha sido con el propósito de quedarse con los tesoros —oro, plata, hierro y plomo— de su prometida.

En «Sur», de Málaga, aparecen estas líneas: «Desde el micrófono de esta emisora local, dirigí la palabra a los Flechas de Málaga el cadete alemán Rodolfo Tiessler. Habló sobre su viaje a un campamento, donde se reunieron 1.500 muchachos del extranjero, entre ellos 130 de España. Describió detalladamente la vida en el campamento, terminando su interesante charla con las palabras que les dirigió el jefe de los alemanes en el extranjero, Bohle, al despedirlos en el campamento: "El prestigio de Alemania en el mundo depende de como vosotros, jóvenes, os portéis en el país que ha llegado a ser vuestra segunda patria. Tenéis el deber de cultivar fuertemente la amistad entre vuestra antigua y vuestra nueva patria. Adolfo Hitler desea la paz del mundo. Colaborad con él será el deseo más alto de todos vosotros".

Los jóvenes alemanes se instalan a sus anchas en su «segunda patria», en España. No han sentido todavía rubor ni han comenzado a sufrir pánico. Todo llegará. Si aún no se han encendido vergonzosamente sus mejillas al sol de España, tardarán en empalidecer por el miedo. El pacto con el demonio tiene sus peligros. La sensación primera que de seguro experimentó Fausto al recuperar su juventud fué una sensación de vértigo, de temor, de fragilidad. Los alemanes traídos por sorpresa desde la Alemania hambrienta y caduca, malhumorada y pobre, a la España que vibra fuertemente por su independencia, no podrán adaptarse al nuevo y apresurado ritmo. Les tiemblan las piernas, les palpita el corazón. España entera se les muestra demasiado arisca, rotundamente inasequible, a estos alemanes pálidos, tradicionalmente simuladores, que han querido ahora falsear a los ojos del mundo su irremediable vejez.

Los jóvenes alemanes se instalan a sus anchas en su «segunda patria», en España. No han sentido todavía rubor ni han comenzado a sufrir pánico. Todo llegará. Si aún no se han encendido vergonzosamente sus mejillas al sol de España, tardarán en empalidecer por el miedo. El pacto con el demonio tiene sus peligros. La sensación primera que de seguro experimentó Fausto al recuperar su juventud fué una sensación de vértigo, de temor, de fragilidad. Los alemanes traídos por sorpresa desde la Alemania hambrienta y caduca, malhumorada y pobre, a la España que vibra fuertemente por su independencia, no podrán adaptarse al nuevo y apresurado ritmo. Les tiemblan las piernas, les palpita el corazón. España entera se les muestra demasiado arisca, rotundamente inasequible, a estos alemanes pálidos, tradicionalmente simuladores, que han querido ahora falsear a los ojos del mundo su irremediable vejez.

mismos enemigos, una palabra de consuelo para los que sufren en los dos campos, una palabra de condenación para todos los excesos y para todas las transgresiones de las enseñanzas evangélicas, de la ley moral, del derecho de gentes, que se han cometido en ese lado? ¿Cómo no protesta también de otras cosas? ¿Cómo no habla de otra manera?

Cuando lo haga más adelante, si lo hace: cuando se exprese de otro modo, y quiera repugarse y tomar otras posiciones para el porvenir, si los acontecimientos y el sentido y el tono de algunas alocuciones pontificias le obligare a ello, ¿quién le creará después en la España roja y en la España democrática? ¿Quién hará caso de todo lo que pueda decir algo, y qué eficacia podrá tener, si durante un año entero de guerra civil ha estado en la actitud que sus escritos marcan y sus hechos definen por acción y por omisión?

¿No es para que todo el mundo se llame a extrañeza el que haya sido el Presidente de la República, el Jefe del Estado «rojo», don Manuel Azaña, el que primero haya hablado en sus discursos contra las opresiones de todos los géneros y contra los exterminios de los dos bandos y contra los odios que no deben profesarse los españoles y les haya hecho a todos una invitación a las efusiones ciudadanas después de terminada la guerra para reconstruir todos juntos en armonía la Nación?

Por muy al lado de la rebeldía que se estuviese, al menos las formas cristianas más elementales pa-

rece muy natural que se hubiesen guardado, porque ni esto se hace siquiera. Los escritos políticos del Cardenal de Toledo, que nosotros conocemos, anteriores al primer aniversario de la conflagración civil, se asemejan más a las de un representante de Franco, de Quijote de Llano y de Mola, que a las de un representante de los poderes espirituales y de la moral, de Jesús y del Evangelio. Confirma esto todo lo que venimos diciendo. Por ser quienes somos, preferimos y queremos, y debemos, además, interpretarlo así.

Nosotros opinamos en un terreno político, sin salir de éste, y no pasando a ningún otro, con toda clase de respetos, que, de haber tenido una libertad completa para poder hablar y expresarse sin coacciones de ninguna naturaleza, y sin miramientos de ninguna especie, el cardenal Gomá hubiera dicho lo que decía el gran Vázquez de Mella en cierta ocasión, en una oración bella, que todo católico, y más aún alto hombre, de Iglesia, el más alto de España, tiene que hacer suya.

Presentes están todavía en nuestra memoria y en nuestro corazón, aquellos sollozos y aquellas ansias y aquellos puntos de mira de aquella alma noble, en aquella plegaria inolvidable al Dios de la Eucaristía y al Dios del Calvario, en la que, en substancia, poco más o menos, en estas o parecidas frases, le decía así: «Señor, con tus brazos en cruz y con tu costado abierto, colgado de los clavos de nuestras prevaricaciones y de nuestras culpas, dándonos ejemplo, enseñándonos

la norma, y mostrándonos el camino, haz que, con nuestro ardiente, con nuestros buenos actos, con nuestra fe práctica, con nuestros perdones y con nuestros odios, con nuestra misericordia y con nuestro amor, traigamos a nuestros hermanos, junto al trono de los dioses, regado de sangre expiatoria, de tu Redención augusta, junto a los manantiales de la salvación moral y de las uniones fraternas que debe representar entre los hombres tu Iglesia inmortal, junto a las grandes de paz y de concordia de los altares santos. Haz que amemos hasta el odio mismo de nuestros enemigos, para ganarlos a tu causa, para hacerlos súbditos de tu Evangelio hermoso, para hacerlos vasallos de tu bondad sin límites para hacerlos cautivos de tu Redención sin mancha, aclamándola a Ella y a Ti, en los transportes de un júbilo desbordado de las masas con pan, con justicia, y con fe, de un entusiasmo popular grandioso y de un homenaje de adoración de las multitudes inmensas que rodean para siempre.»

Hemos expresado, de pasada, una vez más, nuestro pensamiento dominante, nuestro criterio primordial católico, nuestro modo de ver fundamental, que es exactamente este mismo, el expresado en las líneas que anteceden.

Si esta explicación que hemos dado, y que tan encajada está en nuestra significación y en nuestro carácter, no vale, no es verdadera, ¿cuál otra podría ser dada que perdudicase menos?

J. GARCIA GALLEGO
«Le Sud-Ouest», Bayona, 18-8-37.

"El duce ha conseguido el objeto que se había propuesto", dice el "Corriere della Sera"

(Párrafo de un artículo titulado «El Duce ha conseguido el objeto que se había propuesto», publicado en el «Corriere della Sera», de Milán, de 24 del mes corriente.)

«La atención berlina registra con interés los rumores londinenses acerca de un probable viaje de Chamberlain a Roma, así como también todas las repercusiones mundiales del discurso de Mussolini. Enorme relieve se da, asimismo, a la botadura del «Littorio» y a la magnífica victoria de los aviadores italianos en la Istres-Damasco, ASI COMO A LAS ESTUPENDAS PROEZAS DE LOS LEGIONARIOS ITALIANOS EN EL FRENTE DE SANTANDER, acontecimientos todos de lenguaje diverso, pero de los que se deduce la misma consecuencia: LA GRANDEZA Y LA FUERZA DE ESTA JOVEN NACION ITALIANA EN NOMBRE DE LA CUAL MUSSOLINI HA HABIDO, CON ALTO Y LEGÍTIMO ORGULLO, EN PALERMO.»

Hechos de la situación española

Señor:

Me complace constatar que mi amigo Mr. Sellon admite que el general Franco tuviera asegurada desde el principio la ayuda italiana, pero me extraña que ignore, en cambio, la ayuda alemana que aparentemente empezó, cuando nos declaráramos por la no intervención. No fué, por tanto, nuestra «hostilidad» la que condujo al general hacia una «amistad» con esos países.

Mr. Sellon desconoce también el hecho de que muchos judíos alemanes han perdido algo más que los derechos de ciudadanía y que la política de África del Sur no siempre coincide con la nuestra.

En cuanto a la carta de Mr. Duffy —que cita un nuevo libro del que desconocemos el autor y sus méritos— no nos aclara cómo se llegó a la terrible cifra de 15.000 sacerdotes asesinados. El capitán Luttman-Johnson cree que la cifra sólo alcanza a 4.000. Así, pues, existe todavía una gran diferencia de opinión sobre este particular.

Con respecto a Guernica, no conozco a nadie, que habiendo visitado la ciudad la noche misma de su destrucción, niegue que fué destruida por bombas de aviones. Tal es, en verdad, el testimonio de los vascos que yo he interrogado y que estaban entonces en la ciudad. En las 48 horas que transcurrieron hasta la visita de Monsieur Massot, hubo tiempo de rellenar los hoyos producidos por las bombas y de rociar con petróleo las paredes para dar visos de verosimilitud a la negativa oficial según la cual los aviones no habían «volado siquiera», posición que el capitán Johnson parece abandonar. El Sr. G. S. Steer, de «The Times», niega que hubiera ningún soldado en la ciudad hasta que dos días después el ejército vasco pasó por allí de retirada. Recomendando al capitán Luttman-Johnson el categórico artículo de Mr. Steer sobre este asunto, publicado en «Spectator» del día 31 de julio.

En lo referente a Badajoz, aunque erróneamente fué divulgada de antemano una matanza, ello no rebate la evidencia a que me he referido. ¿Por qué no nos da el capitán Luttman-Johnson los nombres y las fechas de los periódicos referidos?

Veo que se niega a admitir la hipótesis de que los insurrectos hayan hecho fuego contra ambulancias, pero las ambulancias en cuestión son inglesas, y no españolas como él parece creer.

El capitán Johnson se refiere al «Informe Oficial de las atrocidades» publicado por un Comité de Investigación nombrado por Franco, como fuente de «evidencia condenable» de los horrores perpetrados por los llamados «rojos». Pero el informe no nos dice por quién estaba integrado el Comité ni su «dónde» para hacer una investigación imparcial y veraz. Ni sabemos hasta qué punto puede confiarse en los citados testigos de algunos de los supuestos ultrajes, ni tampoco aparece claro lo que afirma cada testigo.

Y dos ingleses que han estado en España en condiciones inmejorables para procurarse información veraz —ninguno de ellos simpatizante con los comunistas— nos aseguran que ninguno de los sucesos admitidos como acaecidos en el campo leal en los primeros tiempos de la guerra obedecían a la política del Gobierno, sino simplemente a su impotencia ante una rebelión, no sólo del ejército, sino también de la policía, para controlar a los hombres irresponsables y violentos que enloquecieron al tener conocimiento de que aviones italianos transportaban a España, para implantar el fascismo, a los odiados moros.

Pues ni el capitán Luttman-Johnson, ni Sir Henry Page Croft, ni Mr. Arthur Bryant, ni ninguna de las personas que él menciona, han reconocido, según mis informes, cuanto fué hecho para provocar esta violencia. Un libro titulado «La conspiración «nazi» en España» (Gollancz, 5s.) reproduce traducciones y fotografías de los documentos encontrados el verano pasado en las ofici-

nas «nazis» de Barcelona, que demuestran que desde 1930 ha habido una potente organización «nazi» en España, que compraba la prensa, influía en los políticos, entraba propaganda de contrabando, sirviéndose de los consulados y de la embajada, y últimamente, según parece, armas. En 1933, además, el señor Gil Robles se había declarado por la implantación de un nuevo Estado, por la violencia si fuera necesario y como provocación al Parlamento; muchos clérigos, desgraciadamente, estaban asociados al fascismo, y un Gobierno en que estaba representado Gil Robles había, en 1934, reprimido, con la ayuda de los moros, y con gran crueldad, un levantamiento en Asturias. Después de las elecciones de febrero de 1936, los fascistas declararon abiertamente que no harían caso del resultado electoral favorable al Frente Popular; su número aumentó, muchos crímenes y otros horrores fueron cometidos por ellos, y se sabe que muchos agentes provocadores actuaban, y, de todas maneras, después del levantamiento, varias iglesias fueron utilizadas con propósitos militares. Había muchos motivos para la «violencia» de las izquierdas antes y después del 17 de julio.

En cuanto a la afirmación del capitán Johnson de que los italianos y los alemanes se han «democratizado» en el mejor sentido de la palabra, me permito insinuar que «el mejor sentido» de «la democracia» nos comunica a la mayoría de nosotros un sistema bajo el cual hay libertad de expresión y de prensa, de elección de los representantes a un Parlamento libre, y que estas son cosas que, como sabe todo el mundo, han dejado de existir en las dictaduras alemana e italiana.

Finalmente, señor, ¿me permite discrepar de la insinuación contenida en su artículo de 7 del corriente en el que pedía que el general Franco no fuese considerado por más tiempo como un rebelde? En realidad él puede dominar la mayor parte del territorio español, pero no la parte correspondiente a la mayor producción agrícola e industrial, y casi todo el territorio que domina lo ganó durante los meses en que sólo tenía ayuda extranjera (antes de terminar octubre) y cuando el nuevo Ejército del Pueblo estaba en formación, sin mando unificado y armado de manera inadecuada. La ayuda extranjera ha sido evidente en los dos únicos éxitos que ha obtenido desde entonces: el de Málaga y el del País vasco.

Hoy está el general más lejos de Madrid que estaba hace unos meses; las fuerzas catalanas forman parte, al fin del Ejército gubernamental, y la fabricación de municiones en Cataluña se lleva con ritmo acelerado. El general Franco ha hecho recientemente un llamamiento a Mussolini para que le envíe 125.000 hombres y 500 aviones más, lo cual no es signo de confianza.

Y la «paz» que se dice reina en el territorio rebelde, ¿es necesariamente un signo de colaboración? Si la impresión de un régimen de terror que he dado en cartas precedentes es cierta, aquella tiene otra significación. Y si se tiene en cuenta que algunas de las provincias del territorio rebelde son aquellas en que los campesinos y los trabajadores agrícolas han estado viviendo en el más bajo nivel, a un nivel increíblemente bajo, ¿existe probabilidad de que haya una colaboración con el régimen fascista como anunció usted el 7 del corriente? Bajo este régimen, está claro, que los derechos políticos de que gozó el pueblo en los últimos años se desvanecerán.

Si queremos que prevalezca la voluntad de la mayoría del pueblo —deseo que está implícito en su artículo—, ¿no debemos desear ante todo la retirada de la ayuda extranjera que de manera tan grande ha sido prestada a los rebeldes? Esta debería preceder a la concesión de los derechos de beligerante, que ha de proporcionarle aún más ayuda.

De usted atta., etc.,

KATHARINE ATHOLL
(Eastwood, Dunkel, Agosto 10, 1937.)

Torquemada y Franco

En la España de Franco no hay entusiasmo. No puede haberlo. Quiénes habitan la zona «liberada» esperan —suspense el ánimo— una nueva liberación. Para algunos de ellos, la revuelta fascista pudo tener, en los primeros momentos del levantamiento, el carácter llamativo de toda sublevación militar. Salían los soldados a la calle, se tocaba la música, pasaba la bandera ante sus ojos más o menos absortos, más o menos desconfiados. Pero ahora..., ahora su vida no es vida. Lo peor es que tampoco es muerte. En lenta agonía presencian la invasión armada de sus ciudades, de sus campos. Una nube de extranjeros cenicientos ensombrece la tierra española. El Generalísimo Franco, para dar contenido y vistosidad a su movimiento sin fondo ni sentido popular, ha recurrido a la Edad Media. ¿Por qué no al fascismo? Por la sencilla razón de que el fascio cruel y sanguinario —es un movimiento demasiado atrevido para la mentalidad apocada de los generales ex españoles que se lanzan a la calle el dieciocho de julio sin otro propósito que el de consumir un nuevo pronunciamiento militar en la bulliciosa Historia de la política española. El contenido fué entonces lo de menos. Se trataba sólo de vengar no se sabe qué ofensas inferidas a su honor, su orgullo o su vacilante prestigio castrense. Por lo menos eso dijeron. Bajo cuerda ya andaban los ajusticiables presumiendo de verdugos. En el Extranjero mentaban la saga y en España señalaban las casas de los presuntos ahorcados «rojos».

Ante la prolongación sorprendente de la guerra, el Generalísimo, sin razón ni apoyo en que sostenerse, sacó a relucir, para deslumbrar y entretener a la retaguardia, el candoroso mecanismo de la Inquisición. El cuento tético amenazaba otra vez con hacerse cuento de nunca acabar. No ha sido así y eso que aquel cuento era, al fin y al cabo, una alborotada historia de vecindad. Encerrado entre cuatro paredes —entre las cuatro paredes simbólicas de la Plaza Mayor de Madrid— Torquemada enciende su brasero de portal. Tufo y escándalo de patio. Calvino y Lutero hacen aspavientos brincando por los tejados. En España llega un momento en que todos los españoles están de rodillas alrededor de una hoguera, con las manos avanzadas hacia la llama, en actitud de orar, de calentarse el ánimo, de hacer entrar aún más en reacción, la atarida conciencia.

Ahora es distinto. Ahora la retaguardia facciosa se enfria, está a punto de quedarse yerta. A un pueblo que ya tenía olvidada aquella historia de sol y de muerte, se le ha puesto de pie, se le ha lanzado de su hogar, de su patio, de su rutina religiosa, a la intemperie desalmada del fascismo. ¿Para qué? Franco mismo no sabría qué responder. Torquemada —para todo hay maestros— se valió él sólo, abriendo sus negros manteos, para evitar que el viento de la libertad apagase su hoguera. Franco ha tenido que pedir amparo. No piensen por eso Hitler y Mussolini que con sus tropas de «Humos Negros» o «Lamas Heroicas» han de reanimar la hoguera inquisitorial en la que ya no queda rescoldo. Los ciudadanos de la zona «liberada» ni sueñan con el fascismo ni se desvelan con la pesadilla medieval. Curados de espanto, habrán leído con una mueca escéptica, la nota que el Alcalde de Huelva ha entregado a la prensa. Copiamos de «La Unión», de Sevilla, 6-8-37: «Huelva—El Alcalde señor Domínguez y Díez de la Cuesta, ha entregado a la «Prensa» una nota en la que dice que, consciente del momento que atraviesa España, no puede menos de dolerse del tono frío con que se produce una parte del público, que se reflejó en la inasistencia y poca entusiasmo que hubo en la fiesta homenaje a la bandera y en el desfile militar que la siguió. El Alcalde recuerda a todos la obligación de ser buenos españoles, obligación que, por lo visto, muchos no aprendieron todavía o han olvidado.»

(La nota a que se refiere el suelto transcrito, es la publicada por nosotros íntegramente en nuestro número de ayer.)

Nuevo empréstito de guerra del III Reich

La semana pasada, el Gobierno de Hitler ha emitido otro empréstito para rearme, por valor de 700 millones de RM. Con este nuevo empréstito el III Reich ha sacado, sólo en este año, al pueblo alemán, 2.100 millones.

Estos no serán reembolsados jamás, como tampoco lo fueron los del tiempo de Guillermo II.

(«Deutsche Volkszeitung», Praga, 22 agosto 1937.)

Las señoritas pasean, bailan y beben; todo por la gloria de España

Ralph Heinzen publica en «El Universal», de Caracas, diario que suministra a sus lectores los partes del Cuartel General de Salamanca, un artículo en que descubre a la «heroína» nacionalista doña Urraca Pastor. Doña Urraca Pastor parece haberse lanzado a una vida desahogada y frívola en compañía de las «muchachas de las mejores familias de la nobleza española», que, hartas, sin duda, del rancio empaque aristocrático, se dedican a frecuentar los «cabarets», recientemente «liberados»; no sabemos si con el heroísmo virtuoso que requiere la salvación de España. Copiamos de dicho artículo las siguientes líneas: «La principal heroína nacionalista es María Urraca, de 38 años, propagandista católica que usa falda pantalón y visita las provincias y aldeas, da conferencias a los reducidos, etc.

Miles de muchachas de las mejores familias de la nobleza española y la aristocracia han voluntariado para prestar servicios sanitarios

en el lugar de reposición de los nacionalistas: San Sebastián, que es donde se encuentra la mayoría de los heridos.

Las ramblas de la ciudad son campo de brillantes escenas, viéndose docenas de brillantes uniformes, y los cafés, cabarets y demás lugares de esparcimiento nocturno hacen tremendos negocios, pues estas voluntarias contribuyen a alegrar a las tropas y aliviar sus heridas. Con ellos pasean, bailan y beben, todo por la gloria de España.»

(«Universal» de Caracas, 28-7-37.)

Las informaciones que publica este BOLETIN responden siempre a la veracidad más estricta

Presos en la España "liberada"

Los fascistas viven bajo la obsesión numérica de los prisioneros. Las cifras, después de cada batalla, aumentan de manera caprichosa. Ningún ejército ha blasonado hasta ahora tanto de los prisioneros que hace. Nótese que son ellos mismos, los que han dado a todos los vientos de Europa la palabra «liberación», quienes sacan a relucir antes que nadie el motivo de los prisioneros. Hablan de miles y miles de hombres capturados al enemigo; detenidos deberían decir para hablar con propiedad. Y aún se quedan cortos. Son muchos más, son todos los españoles que soportan la tiranía fascista los que pueden considerarse también no como rescatados o liberados, sino como presos en la cárcel que es media España. Y si también el carcelero llega por un fenómeno de mimetismo a considerarse un cautivo más dentro de la población penal, tal vez a estas horas algunos de los jefes militares que apoyan a Franco, tal vez el mismo Franco, aunque no es hombre de fiar, se sientan cautivos de Italia y Alemania.

En la España «nacionalista» se oyen lamentos y ruido de cadenas. Los condenados, los prisioneros se sienten cohibidos en su estrecho encierro.

Ni pueden hablar ni pueden permanecer silenciosos. Han de gritar, gritar con todas sus fuerzas —con toda su alma es imposible— cuando desfilan las tropas alemanas o italianas que van a conquistar Bilbao, que avanzan por la Montaña. La capital de Vizcaya era el hierro necesario para fabricar rejas de cárcel. La conquista de Santander supone la inapreciable ocupación del Penal del Dueso.

La era fascista representa el triunfo del candidato. Censura en la prensa, en los ademanes. ¡Ay del que cierre instintivamente el puño! ¡Ay del que diga, por descuido, lo que piensa! Del presidio fascista sólo los jefes salen y entran a su antojo; los jefes fascistas esgrimen la ganzúa con habilidad sin par. Pero fuera y dentro de la prisión que ellos gobiernan con el látigo los millones de presos españoles se unen en una misma protesta, y ha de llegar un día en que, atacando ellos desde dentro y nosotros, los verdaderos españoles desde fuera, hagamos caer con estrépito y alegría las puertas que el fascio quiere mantener cerradas, entre unos y otros, a toda costa.

La gratitud de Hitler hacia los ex combatientes. Las pensiones de los mutilados de guerra serán disminuídas en un 60 por 100

El periódico «Deutsche Weg», publica lo siguiente: «Desde el primero de octubre, las pensiones de guerra serán sensiblemente reducidas. La mayor parte de las que venían cobrando los mutilados o envenenados por gases, serán disminuídas en un sesenta por ciento. Se les ha dicho que obtengan ingresos por otros medios.»

«Un destacamento alemán de defensa antiaérea, que ha regresado de España a Postdam, ha sido sustituido por otro. Ninguno de los soldados se mostraba satisfecho. Varios declararon su convencimiento de que el Gobierno de Valencia vencerá.» («Deutsche Volkszeitung», Praga, 22-VIII-37.)

Un cardenal romano glosa la victoria italiana de Santander

ROMA. — En un discurso que ha pronunciado en el Campo de Mussolini, donde están reunidos varios millares de jóvenes italianos, y después de decir misa, el cardenal Marnaggi exaltó el significado de la hospitalidad que ofrece a estos jóvenes el régimen fascista.

Seguidamente, el cardenal celebró la victoria de Santander, diciendo entre otras cosas:

«Italianos y españoles se baten por la Causa de la fe y de la civilización.»

A la ceremonia asistieron una delegación de Falange Española y la hija de Queipo de Llano. — Havas.

HITLER, PATRONO

BERLIN. — Hitler, único dueño de la editorial EHER, de Munich, «compró» hace algunos días, por medio de esta empresa la AFIVA (UFA Tempelhof). Inmediatamente fueron puestos en vigor los principios nazis. Los obreros —camaradas del trabajo—, como les llama la Alemania de Hitler, dejaron de percibir los pagos por horas extraordinarias y trabajos nocturnos. Hasta ahora se venían pagando por cada hora extraordinaria desde setenta y ochenta pfennigs, hasta un marco y un marco veinticinco. Actualmente se ha establecido un nuevo salario máximo de 50 pfennigs por hora.

(«Deutsche Volkszeitung», Praga, 22-VIII-37.)

El mes de junio tuvo las mismas características. Los disparos aumentaron, pero las bajas disminuyeron: 1.159 proyectiles, 25 muertos y 70 heridos.

El día 7 de julio fué el día «record»: 400 disparos. Sus consecuencias fueron: 18 muertos y 10 heridos. El resumen del mes: 621 proyectiles, 39 muertos y 144 heridos.

Del mes de agosto no existen datos nada más que del día 6: 270 cañonazos, un solo muerto y 22 heridos.

El balance del año en curso bajo la metralla fascista arroja las siguientes cifras: 5.000 proyectiles, 768 muertos y 3.587 heridos. — F. bus.

Una estadística del martirio y heroísmo de Madrid

La aviación y la artillería extranjera han asesinado, entre la población civil madrileña, a 1.294 personas y mutilado y herido a 5.703

El día 6 de agosto se apagaron por primera vez las luces, como ensayo, y a partir de las diez de la noche.

El día 28, un «Junker» arrojó su carga cerca del Ministerio de Guerra y la estación del Norte. Un muerto y cuatro heridos son el balance mortífero del mes.

Hubo tranquilidad en septiembre y las primeras decenas de octubre.

El 27 de septiembre bombardearon el barrio de Usera y el día 20 se registró la incursión más cruel. Al tardecer, un avión que pasó desapercibido, sin duda por volar a enorme altura, atravesó Madrid y dejó caer doce bombas, la mayoría de las cuales hicieron blanco en las «colas». Resultado de esta terrible incursión: 160 muertos y 279 heridos.

En el mes de noviembre, la artillería se repartió el trabajo de destruir Madrid. Los primeros proyectiles de cañón cayeron el día 6 y los 21 proyectiles arrojados por los cañones causaron un muerto y 21 heridos.

El día 10 vuelve la aviación, destruyendo la Editorial Hernando y la estación de Goya. El día 14 bombardearon la Glorieta de Atocha, quedando en algunos puntos al descubierto el túnel del Metro. Cincuenta muertos. La artillería también lanzó algunos proyectiles en distintos barrios. Total en el día: 62 muertos y 102 heridos. El 17, los aviones de Hitler y Mussolini regaron de bombas el Museo del Prado y sus alrededores. El resto de la carga la arrojaron en el mercado de San Miguel. La artillería disparó unos 50 cañonazos. Once muertos y 194 heridos.

La noche siguiente fué la más trágica de las sufridas por Madrid. Gran número de aviones, durante largo tiempo, dejaron caer su carga en el centro de Madrid, y en diversos barrios se vieron cómo innumerables bombas explosivas e incendiarias destruían los edificios y diezmaban a los heroicos ciudadanos de la capital de España. En la entrada al Metro de la calle del Carmen, Hotel Savoy, Diputación Provincial, Noviciado de las Hermanas de la Caridad, calles de la Corredera, Ballesta, Valverde, Pez, Caballero de Gracia, etc. Sólo en los sótanos de una imprenta de la calle del Marqués de Santa Ana, hundido por una bomba, quedaron sepultadas 150 personas, que en su mayoría, perecieron.

El balance trágico de noviembre fué, aproximadamente, de más de 300 muertos y 1.500 heridos.

El 2 de diciembre volvió la aviación: 14 muertos y 53 heridos; el 4 causaron un total de 13 muertos y 53 heridos. En el mismo mes, el día 16, bombardearon los aviones Tetuán de las Victorias, realizando del modo más terrible y sanginario, persiguiendo a las personas que se iban al campo, con fuego de ametralladora.

Los cañones lanzaron muchos proyectiles. Solamente en el casco de la ciudad hubo 52 muertos y cerca de 300 heridos.

El año 1937 se inició con doce proyectiles que enviaron coincidiendo con las doce campanadas del reloj de Gobernación. El 4 bombardearon nuevamente Tetuán de las Victorias, coincidiendo con el ataque alemán por Las Rozas. Hubo 171 heridos y 8 muertos. El 6, el objetivo fué el Colegio de la Paoma: 4 muertos, 17 heridos, dos desaparecidos, y el día 10 pasaron por

última vez en este mes los aparatos facciosos. Los artefactos cayeron en un edificio de la Embajada inglesa y en la Casa de Socorro del distrito del Hospital: 5 muertos y 37 heridos. El resto del mes se encargó la artillería de destruir Madrid. Sólo el 23 cayeron en el edificio de la Compañía Telefónica diez proyectiles.

El mes de febrero arroja 8 muertos y 60 heridos y diversos bombardeos de artillería. Resumen: 22 muertos y 78 heridos. En marzo, 21 muertos y 61 heridos.

En abril, el total es de 816 proyectiles, 95 muertos y 695 heridos. El día más sangriento fué el 23 con 20 muertos y 53 heridos.

Mayo lo inauguraron con 32 disparos el día 1. Recrudesció sus ataques y los días 22 y 30 cayeron 300 proyectiles cada uno. Resultado total: 944 proyectiles, 33 muertos y 220 heridos.

El palacio del duque de Alba

(Carta a «The Morning Post»)

Señor:

Como estoy con un corto permiso de mi trabajo en las Unidades de la Ambulancia escocesa en España, sólo el día 13 del corriente leí el «Morning Post» del 26 de julio, en el que se publicaba un artículo sobre el Prado y el Palacio del duque de Alba en Madrid, y las subsiguientes contestaciones convincentes del embajador español y de la duquesa de Atholl. Me llamó la atención una carta del Duque de Alba publicada en su número del 31 de julio. Espero que convendrá en que su referencia a mi persona me da derecho a un pequeño espacio para contestar.

El 17 de noviembre último la Ambulancia escocesa operaba en los diferentes frentes cercanos a Madrid y yo, con otros miembros de la Unidad, estábamos de servicio en la Casa de Campo. Al caer la tarde, en un momento de calma en nuestro trabajo, se oyeron gritos anunciando «aviones» y el terrible zumbido de los trimotores Junker. Todos se precipitaron a los refugios, y mis compañeros y yo nos guarecimos en una pequeña construcción de ladrillos, en la que aquella misma mañana se habían depositado varios cadáveres, que ya habían sido enterrados.

Casi inmediatamente oímos el agudo silbido de las bombas al ser lanzadas desde el avión, el ruido sordo de la caída y a medida que los aviones se acercaban, las explosiones cada vez más potentes. Una bomba de 200 kilos explotó cerca de nosotros e hizo estremecerse nuestro refugio.

Nos precipitamos fuera y conté hasta 15 Junkers —17 declararon mis compañeros— que se dirigían hacia el norte de la ciudad, dejando caer su carga mortífera e incendiaria durante el trayecto. Vimos cómo las bombas alcanzaban a tres edificios y cómo inmediatamente salía humo y llamas de los tejados; uno de estos edificios resultó ser el Palacio de Liria.

Aunque había muchos muertos y heridos a nuestro alrededor, nosotros tuvimos la suerte de resultar ilesos. Con toda rapidez hicimos la primera cura a los más necesitados, llevamos al hospital a cuantos cabían en nuestra ambulancia, y después fuimos a los edificios que habíamos visto alcanzados por las bombas, con la esperanza de poder ser útiles.

Se había hecho de noche, pero todo el cielo estaba ilumina-

do por las hogueras. La mayor era la del Palacio del Duque de Alba. Una multitud la contemplaba, contenida a distancia por un cordón de milicianos. Mi gorro «Glengarry» y las palabras mágicas «Ambulancia escocesa» bastaron, como de costumbre, para pasar a través del cordón, y vi, esparcidos por todos lados, cuadros, tapices y objetos de arte de todas clases que ya habían sido sacados del llameante edificio por los milicianos, mientras muchos de sus compañeros se ocupaban febrilmente, con riesgo de su propia vida, en los trabajos de salvamento.

Estos son los nombres de que usted habla en su artículo como rociando el edificio con petróleo y prendiéndole fuego. Había hombres y mujeres que lloraban ante la destrucción injustificable de los tesoros: «¡Qué horror! ¡Qué barbaridad!», exclamaban.

Debí haber mencionado que tan pronto como la rebelión se produjo, el Gobierno tomó las medidas necesarias para salvaguardar los tesoros nacionales, no sólo del Museo del Prado, sino de los museos particulares, como el del Palacio de Liria. Estaba guardado día y noche por las milicias gubernamentales, entre las que se encontraban los mismos que tanto habían expuesto para salvarlo.

Los tesoros rescatados fueron más tarde expuestos en beneficio del pueblo, en el Claustro del Antiguo Colegio del Patriarca, en Valencia.

El duque de Alba dice que se apoya en excelentes informaciones que no puede hacer públicas sin poner en peligro las vidas de sus informadores. El no estaba en persona en el lugar «yo sí, y reto a quienquiera que viese «con sus propios ojos» lo ocurrido, a que se entrevistase conmigo y se atreva a contradecir lo que he dicho.

FERNANDA JACOBSEN

Comandante de la Ambulancia Escocesa «Scottish Ambulance Unit in Spain, 5. — Clevenden Road, Glasgow, W. 2.

(«The Morning Post», 21 agosto 1937.)